

5.º Domingo de Pascua A



Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. (Jn 14,6)

Primera lectura

Hechos de los Apóstoles 6,1-7

En aquellos días, al crecer el número de los discípulos, los de lengua griega se quejaron contra los de lengua hebrea, diciendo que en el suministro diario no atendían a sus viudas. Los apóstoles convocaron al grupo de los discípulos y les dijeron: No nos parece bien descuidar la palabra de Dios para ocuparnos de la administración. Por tanto, hermanos, escoged a siete de vosotros, hombres de buena fama, llenos de espíritu de sabiduría, y los encargaremos de esta tarea; nosotros nos dedicaremos a la oración y al servicio de la palabra.

La propuesta les pareció bien a todos y eligieron a Esteban, hombre lleno de fe y de Espíritu Santo, a Felipe, Prócoro, Nicanor, Simón, Parmenas y Nicolás, prosélito de Antioquía. Se los presentaron a los apóstoles y ellos les impusieron las manos orando.

La palabra de Dios iba cundiendo y en Jerusalén crecía mucho el número de discípulos; incluso muchos sacerdotes aceptaban la fe.

Segunda lectura

1 Pedro 2,4-9

Queridos hermanos y queridas hermanas: Acercándoos al Señor, la piedra viva desechada por los hombres, pero escogida y preciosa ante Dios, también vosotros, como piedras vivas, entráis en la construcción del templo del Espíritu, formando un sacerdocio sagrado para ofrecer sacrificios espirituales que Dios acepta por Jesucristo.

Dice la Escritura: "Yo coloco en Sión una piedra angular, escogida y preciosa; el que crea en ella no quedará defraudado".

Para vosotros los creyentes es de gran precio, pero para los incrédulos es la piedra que desecharon los constructores: ésta se ha convertido en piedra angular, en piedra de tropezar y en roca de estrellarse. Y ellos tropiezan al no creer en la palabra: ése es su destino.

Vosotros, en cambio, sois una raza elegida, un sacerdocio real, una nación consagrada, un pueblo adquirido por Dios para proclamar las hazañas del que nos llamó a salir de la tiniebla y a entrar en su luz maravillosa.

Evangelio

Juan 14,1-12

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: – No perdáis la calma, creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas estancias, si no, os lo habría dicho, y me voy a prepararos sitio. Cuando vaya y os prepare sitio, volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo estéis también vosotros. Y a donde yo voy, ya sabéis el camino.

Tomás le dice: – Señor, no sabemos a dónde vas. ¿Cómo podemos saber el camino?

Jesús le responde: – Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre. Ahora ya lo conocéis y lo habéis visto.

Felipe le dice: – Señor, muéstranos al Padre y nos basta.

Jesús le replica: – Hace tanto que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: "Muéstranos al Padre"? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Lo que yo os digo no lo hablo por cuenta propia. El Padre, que permanece en mí, él mismo hace las obras. Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre en mí. Si no, creed a las obras. Os lo aseguro: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y aún mayores. Porque yo me voy al Padre.

Meditación

Los discípulos deben creer en Jesús, lo mismo que creen en Dios. Más aún, conociendo a Jesús, conocen el camino para ir al Padre, porque precisamente eso es lo que es Jesús: el camino. Es todo lo que el hombre necesita para su salvación, ya que el Padre está en él para la salvación del hombre.

En casa de mi Padre hay muchas moradas. El cristiano tiene asegurada la plaza en la vida del más allá. Estará con Cristo. El mismo Señor, como dice el Apóstol, saldrá a nuestro encuentro... y así estaremos siempre con el Señor. La formulación es más abstracta, pero significa la misma realidad. La afirmación de Jesús no debe entenderse literalmente, como lo hizo Tomás. Como si fuera necesario el conocimiento del camino, desde el punto de vista geográfico, para ir al cielo.

¿Cuál es el camino? El cuarto evangelio responde de manera terminante: Yo soy el camino, la verdad y la vida. Es la verdad y la vida porque es el camino hacia Dios, que es la verdad y la vida. Este lenguaje del camino sigue dentro de la perspectiva de la metáfora. Una persona no es un camino. Puede, en cambio, decirse con propiedad que una persona es el medio por el cual alguien llega a otra persona.

Muéstranos al Padre y eso nos basta. Jesús habla frecuentemente en el cuarto evangelio de su relación con el Padre, de su unión con El, de ser el enviado del Padre... Los discípulos, representados ahora por Felipe, querían algo más inmediato: una visión directa del Padre.

La petición de Felipe es contraria a la afirmación establecida ya en el prólogo de este evangelio: A Dios nadie lo vio jamás. El deseo natural de ver a Dios, de entrar en contacto directo con él, cara a cara, mediante una visión semejante a aquéllas con que vemos a otras personas u objetos es contraria al modo que Dios ha elegido para su presentación al hombre. Su visión es indirecta y llega al hombre a través de su palabra. Ella se logra mediante el conocimiento. Y este conocimiento, el más perfecto, se obtiene a través de Jesús. En la medida en que aumente el conocimiento de Jesús, aumentará el conocimiento y la visión de Dios. Por eso, la petición de Felipe estaba fuera de lugar, porque indicaba que no había comprendido la relación existente entre Jesús y el Padre.

El evangelista utiliza la fórmula de la inmanencia: Yo estoy en el Padre y el Padre en mí. Esta fórmula de la inmanencia, lo mismo que el lenguaje del conocimiento (ser camino, ir hacia...), se sitúa también en el terreno metafórico. ¿Cómo puede una persona estar en otra? Por el amor, por la identificación, por el mismo pensar, sentir y obrar. Jesús está en el Padre en este sentido. Identificado con él por una obediencia absoluta a la misión que le había sido encomendada, por el amor, por el cumplimiento de su voluntad. El Padre está en Jesús porque en él y a través de él realiza su obra de salvación para el hombre, se le da a conocer, se le manifiesta, se comunica.

Esta mutua inmanencia del Padre en el Hijo y viceversa no es visible o asequible sino a la fe. Precisamente por eso, la respuesta de Jesús comienza con estas palabras: "¿no crees...?" Y un poco más abajo dice "creedme". Palabras que iluminan el comienzo de este capítulo: "creéis en Dios, creed en mí".

Lo que se ha afirmado de Jesús, debe aplicarse igualmente a los cristianos. Por su fe en Cristo deben estar muy próximos a Dios. Como el Padre está en el Hijo, así debe estar también en el creyente. Si el Padre está en el creyente, puede entonces obrar también a través de él. Incluso puede hacer obras mayores ¿Cómo y por qué? Sencillamente porque Jesús se vio limitado en el tiempo en su actuación salvífica: me voy al Padre. La labor de los creyentes, de la Iglesia, será llevar otros hombres a Dios.